

EL CUENTO VENEZOLANO

El más antiguo es el más renovado de los géneros literarios. Cuentos ha contado el hombre casi desde que tuvo la palabra. Los dibujos rupestres son como las ilustraciones de los cuentos de esta de historias que el hombre primitivo refería a la sombra de su cueva.

Las más viejas escrituras están en cuentos. Los hay en el ladrillo babilónico y en el papiro egipcio con las leyendas de los magos.

Y es que para el hombre no hay interés mayor que el hombre y su peripetia. Mirar desde su vida las otras vidas y sentir como si se multiplicara en ellas y en ellas se escapara de la suya.

Por eso es antiguo el género del cuento. El gusto por narrar y oír narrar.

Pero casi hasta el siglo XIX el cuento no fué sino una narración breve. La dimensión era su característica. El libro de Ruth en la Biblia es breve, pero nada en su naturaleza se opone a que pudiera seguir desarrollándose indefinidamente.

Son relatos breves porque la técnica del narrador no le permitía abundar más allá de un primer plano donde la peripetia se agota pronto, desmuda de perspectiva.

SONETOS Y LETRAS DE VENEZUELA

Es la forma de los procedimientos ingeniosos para hilar relatos: las metemórficas aliteraciones del Amor de oro, o la renovada noche final de Sheherazada.

No sé cuándo cuando llega Boccaccio al jardín florentino, con su poderoso ojo de mirar la vida, se llega a la novela. Hay que esperar a Cervantes y a su dominio del tiempo y del espacio, y a su intuición de la condición humana y de sus contradicciones, para que nazca la novela moderna.

Pero la diferencia entre el cuento y la novela siguió siendo una cuestión de dimensiones.

Es en el romanticismo cuando los dos géneros llegan a diferenciarse específicamente. Cuando la inventiva puede se desahoga e invade los territorios contiguos de la prosa.

Los cuentos de Hoffmann ya no son simplemente relatos cortos. Ya no pueden ser sino relatos cortos y su intensidad es específica. Están más cerca del poema que de la novela.

Dos grandes americanos del siglo XIX van a contribuir como los que más a la fijación del nuevo género: Hawthorne y Poe. Hawthorne escribe un cuento como *White Old Maid*, ya no para narrar un suceso, sino para provocar determinada impresión, para cultivar una sensación en el espíritu de quien lo lee.

Poe llama a sus cuentos con postrante apropiación: *Tales of the grotesque and arabesque*. Cualidades plásticas contrapuestas y difíciles de equilibrar. Es tanto de artista lo que anuncia. El cuento no tiene otro objeto que provocar un efecto, una emoción, y el sabe que así desde su primera frase no tarda a provocar ese efecto, entonces ha fracasado desde su primer paso.

Ese rigor artístico, esta fragilidad interior, esta unidad de objeto, van a ser las características del género en su mayor esplendor. Lo importante no es tanto lo que se cuenta, sino la impresión que se alcanza a crear, el matiz que se logra fijar.

Por eso participa más del don de la imagen que del

don de la narración y está tan penetrado de naturaleza poética.

Unidad, vividez, intensidad, perfección de la forma, coordinación, sentido armónico, son los rasgos característicos de ese género tan difícil que ha venido a florecer en el último siglo.

Florece en la Francia de Maupassant, en la Rusia de Chejov y Andreiev, en el imperio de Kipling, en la Italia de Pirandello, en las ventanillas de vidrio de Katherine Mansfield, en la colorida frontera de O'Henry y Bret Harte. Su tiempo es de crisis y su geografía de conflicto.

Todo parece acercarlo al alma criolla, iba a ser con la poesía su más allegado instrumento de expresión. En todas las letras hispanoamericanas ha prendido con impresionante vigor.

Así, el cuento ha venido a ser una de las manifestaciones más ricas y características de la actual literatura venezolana.

En tierra donde la atormentada vida deja poca tregua para una carrera literaria, donde la sensibilidad, la intuición y la emoción predominan sobre la razón y la voluntad, muchos de los mejores escritores han dejado lo más valioso de su obra en cuentos. Breves y fulgurantes atisbos dentro del alma y del paisaje criollos.

De muy diverso tipo son los cuentos venezolanos, pero hay algunos rasgos que los identifican, y que son reveladores de un matiz literario propio, el reflejo de un espíritu nacional singularizado, que es el punto de partida de toda literatura verdadera.

Esa rasga, que aparece con innegable persistencia al través de los más variados estilos, podría reducirse a los siguientes: el cuidado escrupuloso de la forma literaria; la tendencia a lo trágico y a lo fatal; el gusto de transformar la realidad en emoción poética por medio de imágenes, evocaciones u omisiones; el predominio del pa-

saje, la fidelidad al tema criollo, y el tema reformista mucho menos transparente que en la novela.

El cuento venezolano convive con la novela, muchos de los mejores cuentistas son también novelistas, pero con una vida independiente y propia. Tienen algo en común en el punto de partida, pero el proceso del desarrollo sigue ritmo y rumbos diferentes.

El punto de partida del cuento venezolano podría fijarse en el año de 1886. Son años después de la publicación de la novela *Pecunia*, de Romero García, que es de donde arranca la manera criollista.

Los neoclásicos y los románticos anteriores habían escrito meras imitaciones de leyendas y de folletines franceses. Hacerseas rumberos y muertos.

Ese año de 1886 publica Luis Manuel Urbaneja Achelpohl sus primeros cuentos en la revista *El Ojo Ilustrado*. Son elaborados, con más fines, más líricos, de *Pecunia*. En ellos predomina un afán paisajista que cubre la acción con profusas descripciones.

El mismo año, Manuel Díaz Rodríguez, embetido en la moda de la prosa artística, publica sus *Confidencias de Psíquico*. Con Díaz Rodríguez viene el turbador perfume del modernismo. Trae el gusto macerado y exquisito del contacto con simbolistas franceses y decadentistas italianos. Sus cuentos son mero pretexto para hilar frases de una armoniosa belleza, conseladas de imágenes.

El criollismo limpio y equilibrado de Urbaneja Achelpohl y el estetismo exacerbado de Díaz Rodríguez van a determinar el curso del cuento venezolano. Los imitadores de Díaz Rodríguez se quedarán encerrados en el callejón sin salida de un preciosismo retórico. Pero el criollismo criollista tampoco va a permanecer en su tumbio y devagante curso, reflejando escenas de costumbres, recolectando voces locales y arrojando de desabogo a afanes reformistas.

Urbaneja lo va a acercar a las preocupaciones estéticas

Lo que Pocaterra cuenta es tan sólo la faz principal que trae a presencia todo lo que no cuenta. Este es su difícil don artístico, aun cuando hace alarde de despreocupación estética.

Aparentemente, y a primera vista, es un realista directo, pero bien considerado su realismo es el estado final de una cuidadosa elaboración artística. La frase misma, siempre tan precisa, está a veces tan henchida de calor y de armonía, como en los más señalados prebostismos.

Después de Cuantos gritos, el cuento venezolano se multiplica en su madurez.

Perfecciona su técnica, se posesiona aún más de su materia propia, se aventura por nuevos rumbos y sabe andar con una paz la frontera borrosa del realismo criollista y de la evasión poética.

Señalamos en que se sienten nuevas influencias enriquecedoras y estimuladoras. Llega el eco de los rusos: el de Tolstoi, el de Chejov, el de Gorki, el de Andreiev. El lirismo aventurero de los escandinavos: la Lagerlöf, Hammarström. La ávida descomposición del hombre de Pirandello. Las fascinadoras figuras de Kipling. El patetismo revolucionario de Barbey. La labrada gracia de Molière. Todo eso viene a deslumbrar los ojos y a complicar la visión, que contemplaba la tierra y su hombre.

Pero esas variadas influencias no llegan a desviar el cuento venezolano. Es, por el contrario, la hora en que una más profunda diversidad se afirma y se multiplica.

Con eso también está dicho que es época de ambiciosas tentativas y de ilimitada amplitud de registro. Asoma, por ejemplo, la nota del humor, risueño y trágico en Andrés Bello Blanco, satírico y satanizado en Julio Garmendia cuya *Tienda de muñecas*, publicada en 1927, es libro donde termina el eco del cuento filosófico francés sobriamente aprovechado. Vicente Fuentes revuelve en poderosas creencias el político misterio del mar y de sus hombres. Pedro Sotillo ataba a los seres vivos de la tradición popu-

lar y los recoge en imágenes de inabordable fascinación, creas en su extraordinario cuento *Los cuernos venenosos*.

Con muchos y notables los cuentistas que habría que nombrar. De entre ellos, el más intelectual es Mariano Picón Salas, el más entroncado en la tradición criollista, Joaquín González Eche, el más poético e intuitivo, Antonio Arata.

Algunas de las notas que ya se perciben en ese momento de diversidad van a asentarse luego y a caracterizar una nueva etapa del cuento venezolano.

Por el año de 1925, un escritor muy joven, Carlos Eduardo Feins, había publicado un breve cuento: *Construcción*. En este cuento, más que en todo lo anterior, predominaba una intuición poética de la realidad.

Había allí un cambio que se iba a alargar y a extender después. Por el tiempo se aglutinó un grupo de jóvenes cuentistas que tuvieron por órganos las revistas *Vibula*, *Fracturas* y *Elle*.

El primer libro en que tomó forma la tendencia fue *Rasbala* y otros relatos, de Arturo Uslar-Pietri, publicado en 1928.

Coincidió este momento con el contagio de las formas literarias de vanguardia: cubismo francés, ultrismo español y los primeros vagidos del surrealismo.

Lo que vino a predominar en el cuento y a marcar su huella de una manera perdurable fue la construcción del hombre como misterio en medio de las cosas realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que a falta de otra palabra podría llamarse un realismo mágico.

Este rumbo que se afirma desde 1928 ha llegado a ser el que ha caracterizado el cuento venezolano en los últimos veinte años. A él se incorporan en mayor o menor grado los cuentistas posteriores a Pocaterra. Varios de unos a otros el grado de acercamiento a la realidad. Pero ninguno se resigna ni a copiarla ni a ignorarla.

Entre las más importantes cuentistas de esta tendencia, fuera de los ya nombrados, están: Guillermo Meneses, que en *La balandra Isabel* dejó esta tarde, ha escrito una de las más raras invenciones de la magia del cuento; José Salazar Domínguez, que recoge el tormento del mar en las almas y en las palabras; Nelson Hingst, cazador de tempestades paroxísimas; Ramón Díaz Sánchez, poderoso y simple; Arturo Briceño y Julián Padón, que saben hacer la fuerza del campesino con sus ridos y su galeaje; José Fabiani Ruiz, en quien el viaje Robinsoniano toma un color nuevo.

Son muchas. Cada una tiene su personalidad y su nota. Y cada uno surge más. Es todo un movimiento poderoso y promisor.

No es todavía hora de hablar de los más recientes. Aunque algunos ya tienen obra valiosa en que refleja una fuerte personalidad, como Gustavo Díaz Salta y Antonio Miquel Salas.

Hay vigor, hay ansia creadora, hay vida.

La rica y caracterizada tradición del género se afirma cada vez más como una de las manifestaciones más impresionantes de la existencia de una literatura venezolana, que ya se parece más a la vida y al espíritu de la nación que a ninguna otra cosa.

Así sean las cuentistas venezolanas las que mejor puedan reflejar, en su obra breve e intuitiva, esa realidad viva, atormentada y contradictoria.

En ellas, el rostro de Venezuela estaría incompleto y mucho de su misterio no habría empezado a expresarse.

No tiene manifestación más alta la literatura venezolana, ni en ninguna otra forma se ha revelado con más poderosa y viva espontaneidad su genuina imagen.

© 1958 BY EDITORIAL EDICIÓN - TURECHILA
EDICIÓN CONDOMINIO - TRINIDAD O PELOMO - CARACAS
DEPÓSITO LEGAL: M. 10.500-1958
IMPRESO EN O. J. ALFAMEDA - MADRID (España)